

In memoriam Antonio Cano

El artículo que sigue, "El rescate de las Gacelas Mohor" era fruto de casi ocho años de amistad con Antonio Cano, con muchas visitas a su acogedora casa en Almería e innumerables conversaciones telefónicas. Se publicó en el primer número de la relativamente pronto extinguida revista "Mundo Sorprendente", en el mes de Abril de 1983. Pocos días después me enteré, que Antonio ya había muerto, el Jueves Santo de aquél mismo año. No me avergüenza confesar, que a los 50 y tantos años de edad, estuve llorando un buen rato, antes de sentirme capaz de llamar a su mujer y a su hija, Pepita y Mar.

Escribí entonces, para la misma revista, una breve nota, que quiero reproducir aquí, porque sigue reflejando ahora, tres años y medio después, lo que siento y que seguramente siguen sintiendo todos los que tuvieron la suerte de tener a Antonio como amigo.

"Muy poco después de publicarse el artículo nos llegó la noticia del fallecimiento de Antonio Cano, acaecido el Jueves Santo de 1983. Con él se nos ha ido un naturalista de primerísima categoría, un hombre bueno, honrado, trabajador incansable y, sobre todo, un amigo de verdad, como los hay muy pocos.

Antonio tuvo que irse justo antes de ver la culminación de su sueño: la reintroducción de sus Gacelas a su región norteafricana de origen, que ahora queda en manos de su hija Mar. Pero a pocos hombres les queda un monumento tan hermoso y singular como a Antonio Cano: la existencia continuada de dos especies que estaban al borde de la extinción y que él ha rescatado. Su obra ha enriquecido al mundo, su persona ha enriquecido la vida de sus amigos. Le lloraremos siempre y siempre le quedaremos agradecidos."

Imre de Boroviczény
Madrid, Noviembre de 1986

EL RESCATE DE LAS GACELAS MOHOR

Imre de Boroviczény

Según el Libro Rojo de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), la "Gazella Dama M'horr" era, a fines de los años 60, una especie en peligro de extinción. Dice la hoja correspondiente: "Aunque considerada rara cuando se describió por primera vez, en 1833, esta raza occidental de la Gacela Dama fué encontrada esporádicamente por pastores en el sur de Marruecos todavía en 1910. No ha podido resistir la intrusión del hombre con sus rebaños de animales domésticos y ahora está peligrosamente al borde de la extinción." Preludio, pues, a una nueva esquela mortuoria entre ya tantas, anunciando la próxima desaparición de la faz de la tierra de un hermoso animal, irremplazable como tantos otros que ya no existen.

Una de las fuentes de información que cita el Libro Rojo es un trabajo elaborado por el Profesor José Antonio Valverde, el archiconocido fundador de la Estación Biológica de Doñana. El también estaba preocupado, al igual que la UICN, pero desesperarse o cruzarse de brazos no iba con su carácter. Salvar las Marismas del Guadalquivir había parecido el sueño de un loco, y no obstante lo logró. ¿Por qué no intentar lograr una cosa similar con las gacelas del Sahara? El Profesor Valverde, o, como le llaman sus amigos, "Tono", conocía el Sahara y tenía sus amigos en aquéllas tierras desérticas. Sabía por ellos y por sus propios viajes que había todavía Gacelas Mohor en el desierto, aunque muy pocas, y que había por lo menos una persona que tenía algunas en cautividad. El Comandante Estalayo, militar español destinado Daora, en la parte occidental del Sahara Español. ¿Podrían estas gacelas criarse en cautividad para salvarles de la extinción?

Entretanto el Comandante Estalayo también estaba preocupado. En su monótono puesto sus animales eran una de sus principales diversiones. Los Saharaúis lo sabían y de vez en cuando le traían una gacela u otro animal, que él cuidaba y mimaba. Pero últimamente de Mohor ya no había ni rastro. Los Saharaúis o

no querían traerle más ejemplares de su animal favorito, o no podían. Tampoco lograba criarlos. Sí, habían nacido crías, pero nada más cumplir 5 meses el macho dominante de la pequeña manada se encolerizó, sin motivo aparente, y mató a su retoño. Para colmo, ahora ese Valverde de Sevilla que no le dejaba en paz, insistiendo que quería comprar algunos Mohor para criarlos en España...

Por fin el Comandante accedió a vender dos machos y seis hembras. Pero ni él, ni Valverde sabían, en aquél año de 1970, que esta transacción comercial, en que habían intervenido con dinero y permisos ADENA, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la Diputación Provincial de Almería y Coca-Cola, significaría la salvación de la Gacela Mohor, literalmente en el último momento de su existencia.

Quedaba un problema por resolver: ¿dónde instalar las gacelas? Por varias razones, Doñana no era idóneo. Además, toda la operación tenía que desarrollarse sin la menor publicidad, porque si el intento de cría fallara, el escándalo podría ser mayúsculo. Valverde se puso en contacto con su buen amigo Antonio Cano, del Instituto de Aclimatación del CSIC en Almería, a ver si estaba dispuesto a correr la aventura, y el riesgo, si tenía sitio para los animales, dinero para montar las instalaciones y alimentarles y ganas y tiempo para trabajar duro. La respuesta fué un "sí" entusiasmado. Tanto Antonio Cano, como sobre todo una de sus hijas, Mar, recién salida del Colegio, eran (y siguen siendo) muy similares a Valverde, locos por los animales y siempre con ganas de aventuras, cuanto más fuera de lo común, mejor. El dinero ya aparecería y respecto al sitio, ahí estaba La Hoya, una hondonada casi en forma de cráter, justo detrás de la Alcazaba almeriense, propiedad del CSIC. Inmediatamente Antonio y Mar se pusieron a trabajar. Con la ayuda económica de la Diputación se adecuó el terreno, se instalaron jaulas y cercados, los dos se pusieron a estudiar todo lo que encontraban sobre las gacelas (que ciertamente no era mucho). Por fin, un buen día de 1971, el gran momento: la llegada de los animales, tras el largo vuelo de más de 1.500 kms.

Al abrirse las grandes cajas de madera y descender cautelosamente las seis hembras y el solitario macho, la primera decepción: dos de las hembras eran viejas, bastante más allá de la edad reproductora. Pocos meses más tarde llegó el segundo transporte, con dos hembras, una de las cuales murió pronto después. El rebaño inicial consistió, pues, de un macho y cinco hembras.

Sólo ahora los Cano se dieron cuenta en qué se habían metido en realidad. Encargarse de media docena de animales no sólo significa limpiarles y darles de comer. Cada dos por tres surgen problemas nuevos, inesperados, que hay que solucionar, sea como sea. Y a esto se añadió la enorme responsabilidad de tener entre manos a seis de los últimos Mohor existentes en el mundo, si morían, o no se reproducían, lo más probable era que desapareciesen para siempre. En la literatura no había nada concreto sobre el comportamiento de estos animales. Ni siquiera respecto a la gestación los datos publicados eran correctos. La consecuen-

cia de este horror nos la contó Mar Cano durante una reunión de amigos en Almería:

“En algún libro mi padre había encontrado que la gestación de estas gacelas duraba casi exactamente 4 meses. Con la primera hembra preñada, puedes imaginarte como esperábamos esa fecha. Bueno, pues 4 meses y nada. Cinco, séis, siete semanas ¡nada! En mi vida he visto a mi padre tan nervioso. Yo ya sólo vivía de café, día y noche alguien de la familia estaba con los bichos. Nos mordíamos las uñas como cuando éramos pequeñas, por cierto que esto nos vino muy bien más tarde, pero eso ya os lo contaremos, y mi padre ya incluso pensaba en llamar al veterinario para que hiciera una cesárea. Menos mal que no nos decidimos a ello. Fijate, la cría nació ¡a los séis meses y medio! 10 semanas esperando, tú no sabes lo que es esto. Nació bien la cría y vive aún, pero aquellas 10 semanas no tengo ganas de repetir las”.

“Eso que dijo Mar de morderse las uñas”, prosigue ahora Antonio Cano, “pues sí que nos vino bien. Las bajas que íbamos teniendo durante las primera temporada de animales jóvenes eran casi siempre primerizas, o sea, la primera cría de una hembra. Eso es lógico y pasa también en los grandes parques zoológicos. La madre es aún inexperta, o demasiado joven, a la cría le sobra o le falta cuidado o alimento... Pero tuvimos algunas hembras jóvenes especialmente tontas, que siempre que la cría se echó, las cogieron con los dientes por el pelo para que se levante y se ponga a mamar y, cuando estaba mamando, no cesaban de lamerles. La primera vez que esto pasó no sabíamos qué hacer y la cría se murió a los dos días. La segunda vez que pasó lo mismo, nos parecía una manera demasiado tonta de perder el bichito. Y de repente me acordé de ese producto amargo, un líquido que se vende en las farmacias con que se untan los dedos de los niños para que dejen de morderse las uñas. Me fui y compré varios frascos y untamos el lomo de la cría. ¡fenomenal! No sabes cuanto nos reímos de la cara de asco que la madre puso cuando intentó otra vez a lamer a su crío, que era un machito estupendo. Nunca más volvió a intentarlo, y “el pelado” sigue vivo y coleando. Seguimos teniendo bajas de primerizas, pero muy pocas, y ninguna por arrancarle la madre el pelo.”

El mayor susto, sin embargo, se lo llevó Antonio Cano a los cinco meses de nacer la primera cría. El Comandante Estalayo ya se lo había advertido al Profesor Valverde que en su cercado de Daora el macho del rebaño siempre mataba al animal joven, cuando éste llegaba a tener unos cinco meses de edad. Pero tanto Valverde como Cano pensaban, que quizás el cercado de Daora había sido demasiado pequeño para el número de animales. o alguna cosa por el estilo. Exactamente lo mismo hubiera ocurrido en Almería, sin embargo, si no está presente Antonio Cano. Tras olfatearle un poco, el macho arremetió de repente y con toda furia contra el animal joven, con clara intención de matarle. A duras penas Antonio y un ayudante suyo lograron apartarle. La razón de tal comportamiento es difícil de averiguar. Cano piensa que es cosa de secreción glandular y de olfato, ya

que el olfato es el determinante de muchas de las acciones, no sólo de las gacelas, sino de la mayoría de los mamíferos. Podría ser, pues, que cuando el animal joven llega a cierta madurez, entre los 4 meses y medio y cinco meses y medio y se inicia la pubertad, alguna secreción glandular distinta de la de antes incite al macho adulto a expulsarle del rebaño.

Pero tampoco es posible introducir un nuevo macho adulto o una nueva hembra en un rebaño, sin que el macho dominante les ataque para matar. Respecto a un segundo macho, competidor al primero, la reacción de éste es comprensible y se da en muchas especies. Pero en lo que se refiere a una hembra que se quiere introducir en el rebaño, la cosa es distinta. La interpretación más verosímil que se da a este comportamiento es que se trata de una adaptación al medio natural del desierto. Una gacela solitaria que se quería juntar a un rebaño que no era el suyo era, casi con absoluta seguridad, un animal enfermo o tarado, que había perdido su propio rebaño o había sido expulsado del mismo. Para la conservación de la especie tal animal no conviene a ningún rebaño, por lo que el macho, instintivamente, lo rechaza. En cautividad la situación es bastante distinta. El espacio no es ilimitado y es el hombre quien tiene que formar los rebaños, rebaños de machos jóvenes y rebaños de un macho con su harén. (Y es también el hombre, a falta de depredadores naturales, quien tiene que intervenir eliminando a ejemplares enfermos y demasiado viejos.) En el desierto, los machos jóvenes expulsados forman sus propios rebaños y las hembras enfermas, perecen.

Para los Cano en Almería el problema era acuciante. No había antecedentes, nadie tenía experiencia —y no había sitio para más de cuatro rebaños. En este sentido el perfecto funcionamiento de la cría era casi una calamidad— cuantos más animales, más problemas. Se intentaron toda clase de estrategias. Separar la nueva hembra del rebaño por una tela metálica, para que el macho la vea y la huela durante 3 o 4 semanas; tener el macho y la hembra en pequeñas instalaciones vecinas durante un mes o dos; pero nada; en el momento que la nueva hembra se introdujo en el rebaño, el macho la atacaba. Tras muchos ensayos y fracasos, se les ocurrió intentarlo al revés; apartar el macho mientras se introducía la nueva hembra al rebaño. A ver si el macho perdía el sentido de territorialidad y, al reunirle más tarde con su rebaño, lo consideraba “nuevo”. Fué, por fin, el truco que funcionó. Tras muchos ensayos, resultó que bastaban 24 horas para que el macho perdiese el sentido de “propiedad del rebaño”. Así que, al tener que introducir una hembra, cría o adulta, en uno de los rebaños, sencillamente se apartaba al macho en un “apartadero” durante 24 horas. Al volver al rebaño, se ponía a olfatear todo, los individuos del rebaño, los rincones y plantas; luego les daba pequeñas cornadas o empujones a cada animal, como para decir “aquí quien manda soy yo”, y asunto acabado, el nuevo miembro del rebaño aceptado.

Surgieron, como no, también las polémicas. A finales de los años 60 se publicó la monumental obra del Profesor Grzimek (el de “Serengeti no debe morir”),

“La vida de los animales”, en que se afirmaba que la Gacela Mohor estaba extinguida. En 1975 se publicó en una revista francesa, un artículo sobre el éxito de la cría de Gacelas Mohor en Almería, en que las fotos originales en color se reprodujeron en blanco y negro, perdiéndose importantes detalles. Al poco, apareció un escrito de un científico alemán, desmintiendo la posibilidad de la existencia de no sólo un ejemplar, sino de todo un rebaño que se multiplicaba, de Gacelas Mohor. “Estos no son Mohor, es completamente imposible que lo sean. Son otra subespecie de la Gacela Dama, todavía existente en Africa del Norte en números escasos, y existentes también en el Parque Zoológico de X. de Alemania.” La aseveración del articulista de la revista francesa es, por desgracia, errónea. Por desgracia del científico alemán, él acompañaba su alegato con dibujos muy precisos de la extensión del colorido entre anaranjado y rojizo de las diversas subespecies de la Gacela Dama. Según estos dibujos, el color rojizo de la Mohor iba desde la boca hasta casi el rabo, y se extendía a lo largo de las patas delanteras y traseras hasta la pezuña. Con lo que el desmentidor se había desmentido a sí mismo. Porque su dibujo correspondía exactamente al colorido de las gacelas de Almería, hasta en el más mínimo detalle. Eran, pues “Gazella Dama Mhorr”, sin la más mínima duda posible.

Tanto Valverde, como Cano aprovecharon cada ocasión de algún amigo viajando al Sahara para pedirle obtenga información sobre la existencia de Mohor, sea cautivo o en libertad, pero sin resultado. En 1975, con la “marcha verde” ya empezada y ante la probabilidad de que España se retire del Sahara, el Prof. Valverde y Mar Cano se fueron allí personalmente para hacer un último intento. Rastrearon todo el terreno, en avioneta o en coche, visitando poblados, campamentos, hablando con españoles y con saharauis. De Mohor en libertad, nada en absoluto. Pero en cautividad sí que encontraron animales, entre ellos 4 machos y 6 hembras Mohor y más de 100 ejemplares de otras especies del Sahara. En total trajeron a Almería unos 125 animales, al ahora denominado “Centro de Rescate de la Fauna Sahariana”. Tres de los machos y cinco de las hembras Mohor estaban todavía en plena edad reproductiva, sirviendo, pues, muy bien para renovar la sangre de los rebaños. ¿Quedará ahora algún animal, alguna gacela en el Sahara? Es bien dudoso...

La finalidad del Centro almeriense no es ni la colección, ni la exhibición de animales africanos. No es un parque zoológico, sino un centro de investigaciones científicas y de rescate, tal como lo indica su nombre. En términos humanos, se trata de un campo de refugiados, cuyos habitantes —o sus descendientes— volverán a su patria en cuanto puedan hacerlo con la seguridad de poder sobrevivir y de no servir de comida al primero que les encuentre.

Aparte de los problemas diarios con los animales y con el dinero, la mayor preocupación de todos que conocían la situación de los Mohor (y de alguna especie más, también presente en Almería, como la Gacela Cuvieri y el Arruit del Sa-

hara) era la existencia de todos los ejemplares del mundo de estas especies en un sólo lugar, bastante reducido además. Bastaría una enfermedad contagiosa o un incendio para aniquilarles a todos. La única solución que se ofrecía era la venta de animales a parques zoológicos, lo que, además, resolvería por lo menos parte de los problemas económicos del cuidado y alimentación de tantos animales. Ya en 1976 el Prof. Valverde visitó el Emirato árabe de Abu Dhabi, para posiblemente vender algunos Mohor al zoo que el Jeque Zayed, monarca de Abu Dhabi y Presidente de la Unión de Emiratos, había instalado en pleno desierto, pero no se llegó a un acuerdo. Siguieron los carteos y viajes y por fin, en el otoño de 1980, salieron los primeros ejemplares al extranjero. El primer envío al famoso zoo de San Diego, California, que tiene un brillante historial de investigaciones científicas y de rescate de especies en peligro e incluso de suelta de antilopes extinguidas en libertad, criados en San Diego y devueltos a su país de origen; el segundo al zoo de Francfort, Alemania, donde entretanto ya han nacido varios Mohor. Por cierto que para Francfort los Mohor de Almería no fueron los primeros; hubo allí una pareja de estas gacelas, que no dejó descendencia, durante los años 1864 y 1868. Las pieles siguen ahí, perfectamente conservadas. Desde entonces ya ha habido más envíos y ahora hay Gacelas Mohor también en los zoológicos de Osnabrück, Munich y Berlin Oriental, mientras actualmente Almería alberga a 49 ejemplares.

La supervivencia de la Gacela Mohor está, pues, asegurada. Pero falta aún el último capítulo de la aventura iniciada hace doce años, la reintroducción de las gacelas en su hábitat desértico original. El proyecto se presenta bastante difícil. No se trata tanto de problemas económicos, sino de política y de educación. Donde haya posibilidad de conflicto armado, la reintroducción de gacelas equivaldría a sentenciarlos a muerte segura. Pero incluso sin peligros bélicos, para la mayoría de los habitantes del norte de África una gacela es pieza de caza, carne para la comida. Seguramente la solución más idónea sería soltarlos en algún parque nacional norteafricano bien guardado.

Con tantos animales a su alrededor, era inevitable que Mar Cano estudiara biología y que su tesis doctoral versara sobre la Gacela Mohor. Para realizarla, recorrió todos los museos europeos que tenían pieles de cualquiera de las subespecies de la Gacela dama, visitó el único zoo —el de Osnabrück— que tenía ejemplares vivos de la subespecie *Gacella dama ruficollis*, y, claro, tenía al alcance de la mano a todos los Mohor de Almería, sobre cuyos orígenes geográfico y genético no cabía la menor duda. Pudo, por tanto, realizar estudios y comparaciones como quizás nadie más. Para los interesados en zoología y taxonomía diremos, que según los estudios de Mar Cano la *Gazella dama* no es propiamente dicho un animal del desierto, sino de las regiones semiáridas, la estepa cálida o "desierto atenuado" (que, para el profano, sigue siendo desierto). La especie se extendía desde Marruecos hasta Senegal y, por el sur del Sahara, hasta el Sudán. Con razonamiento bien fundamentado, Mar Cano reduce las subespecies hasta ahora consi-

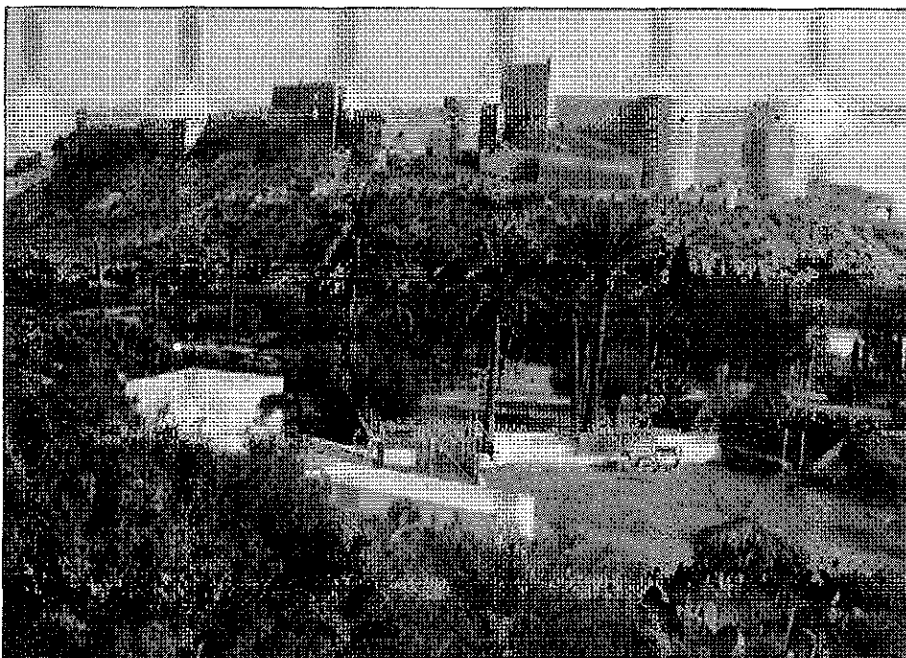


Foto 1.- Vista de "La Hoya".



Foto 2.- Una foto histórica: primera foto de la primera Gacela Cuvieri nacida en Almería, a la edad de 26 horas (21/Oct/1975).

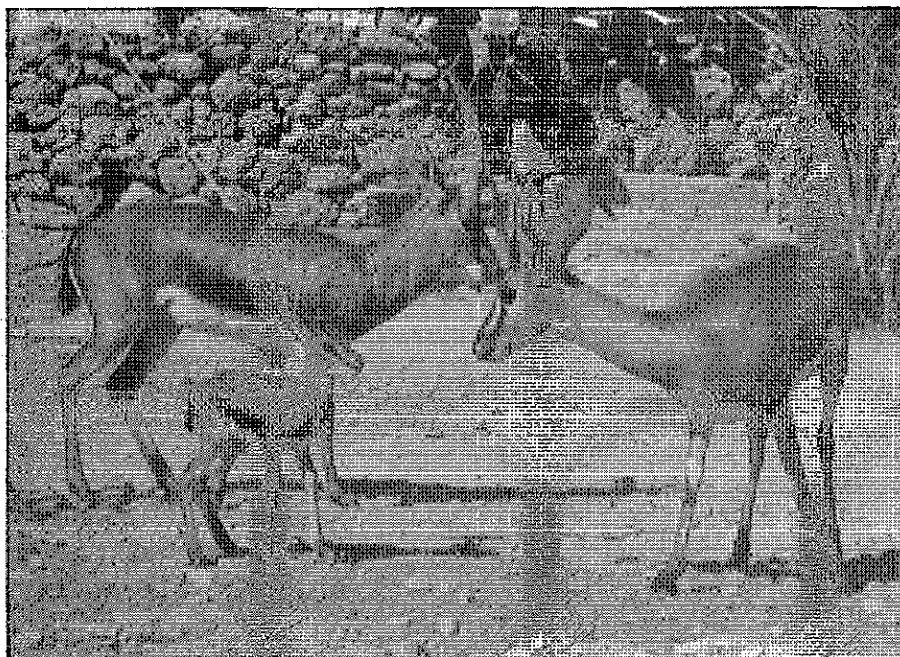


Foto 3.- Otra especie monumento para Antonio Cano: una pareja de Gacelas Cuvieri con su retoño nacido en Almería.

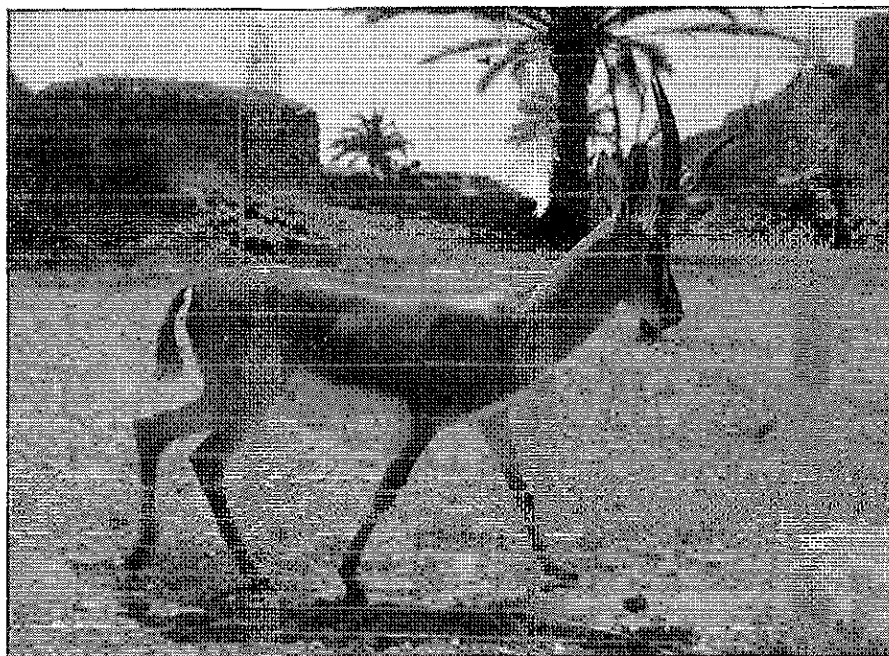


Foto 4.- Macho de Gacela Cuvieri.

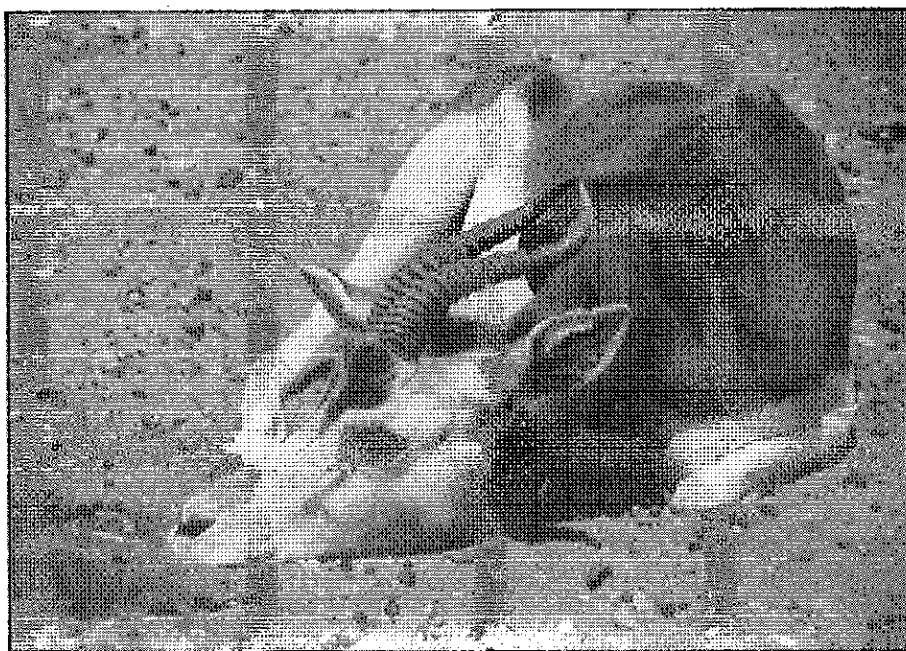


Foto 5.- Hembra de Gacela Mohor una de las "originales" traída de Africa con el primer lote (1975).

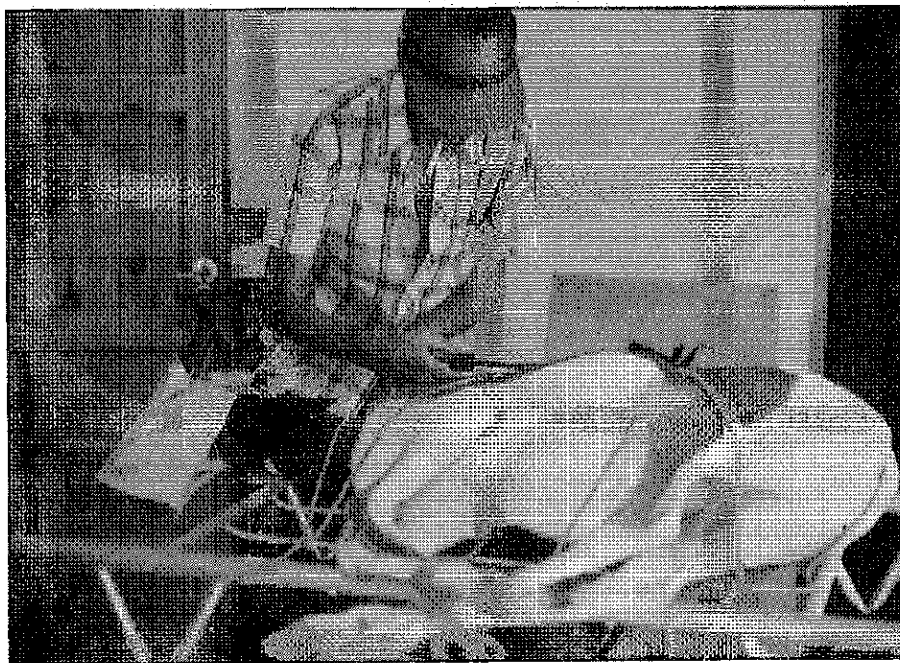


Foto 6.- Antonio Cano tomando las medidas de la misma Gacela Mohor.

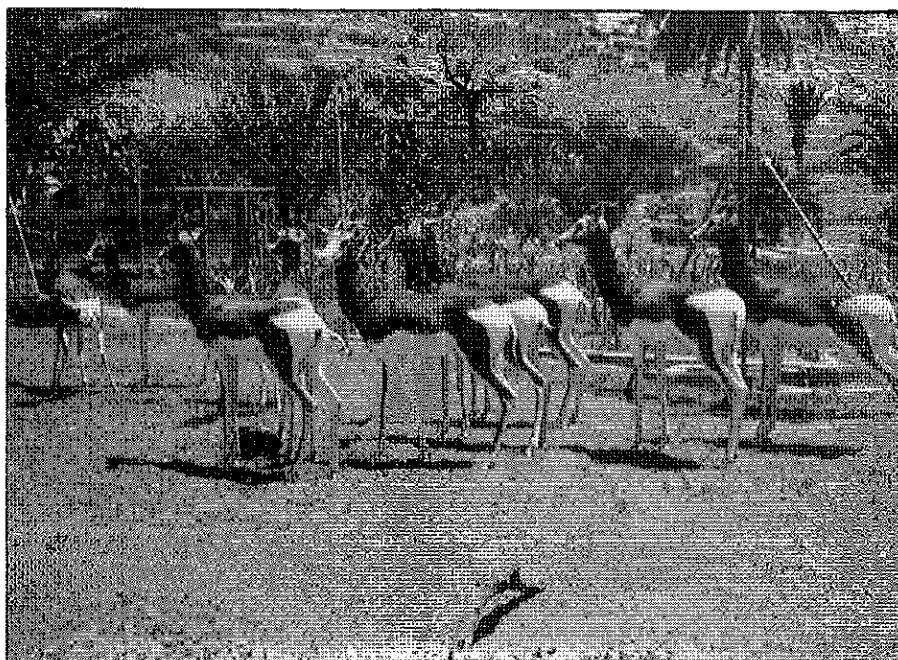


Foto 7.- Parte del rebaño Mohor en 1.978

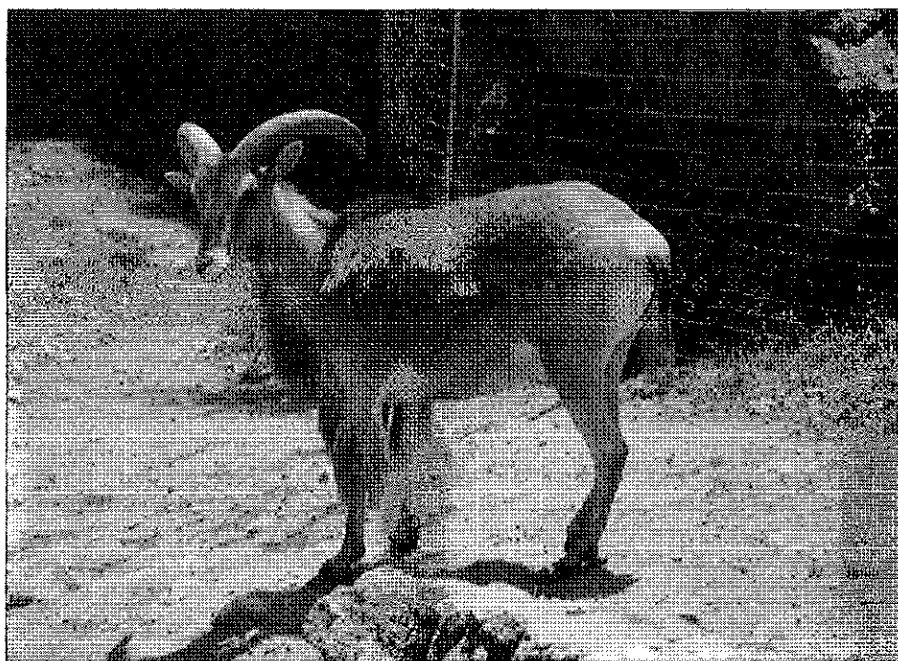


Foto 8.- Arruit, otra especie que estaba amenazada.

deradas en seis a tan sólo tres: *Gazella dama* dama, *G.d. ruficollis* y *G.d. mhorri*, de distintas localizaciones geográficas y diferenciables por la extensión del color rojizo del pelo. Las *Gazella dama permista* y *lozanoi*, consideradas anteriormente como subespecies son sencillamente fases claras de la *mhorri*, mientras que en la llamada "damergouensis" la coloración amarillenta es una anomalía que puede ocurrir en cualquiera de las subespecies. (Los datos aquí citados fueron expuestos por Mar Cano en la I Reunión Iberoamericana de Zoólogos de Vertebrados, celebrada en La Rábida, en Diciembre de 1977.)

Los esfuerzos y éxitos de Antonio y Mar Cano con la Gacela Mohor son los que dan la mejor idea sobre la labor realizada en el Centro de Rescate de la Fauna Sahariana. Pero aunque todo haya empezado con aquéllos primeros Mohor del año 1971, ellos solamente constituían el principio del trabajo salvador. Como ya hemos apuntado, en 1975 José Antonio Valverde y Mar Cano volvieron del Sáhara con un cargamento de 125 animales, entre ellos algunas Gacelas Cuvieri, que completaron el grupito original, obtenido en la primavera del mismo año, de un macho y dos hembras. Esta preciosa gacela de color arena del sur del Atlas y norte del antiguo Sahara español es una especie y no, como la Mohor, una subespecie, pero también casi extinguida en África. Con la experiencia adquirida con los Mohor, la cría de Cuvieri ya no dió tantos sobresaltos y quebraderos de cabeza. El primer "bebé Cuvieri" nació el 20 de Octubre de 1975 —un hecho histórico, ya que se trataba de la primera Gacela Cuvieri nacida en cautividad—, el segundo el 13 de Noviembre del mismo año y en 1977 Almería ya tenía más de veinte. Actualmente el rebaño consiste de 28 ejemplares, aparte de los que ya se han enviado a zoológicos extranjeros.

Otro éxito muy reciente fué la cría de Arrui sahariano, igualmente una subespecie ya extinguida del norte de África.

Para España, los trabajos y logros del Centro almeriense son excepcionales. En otros países del mundo se realizan esfuerzos similares, en algunos sitios con mucho más medios económicos que en Almería, en otros incluso con menos, pero en todos con similar entusiasmo y con la misma abnegación y sacrificios personales, trátase de grullas, de elefantes o de tigres. Estos hombres y mujeres están haciendo todo lo humanamente posible para frenar el continuo empobrecimiento de la naturaleza y han logrado y están logrando mucho. A la larga, sin embargo, este trabajo sólo podrá tener éxito real, si los gobernantes del mundo por fin toman medidas efectivas para parar la continua y sistemática destrucción de la naturaleza. Una especie extinguida no vuelve jamás, y milagros como la recuperación de las Gacelas Mohor y Cuvieri son muy muy raros.



Foto 9.- Mar Cano con la pequeña Gacela Cuvieri y su madre.